

FELICES LOS DE CORAZÓN LIMPIO, PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS, EN SAN AGUSTÍN

SANTIAGO SIERRA

1. CONTEXTUALIZACIÓN

1.1. El Sermón de la Montaña de san Agustín ¹

El Sermón de la montaña parece recoger una serie de sermones, donde Agustín se presenta como un predicador maduro y un gran reformador de las costumbres, pero no encontramos en el libro ninguna condena de las costumbres o de los usos de los paganos. El lenguaje es sencillo, preciso y muy claro, aunque utiliza la retórica al servicio de la Palabra de Dios, el tono es sencillo, con referencias de carácter local, entreteniéndose en explicar algunas palabras oscuras o difíciles: “En todo esto solo hay una palabra oscura, ya que racha no es palabra griega ni latina, todas las otras se usan en nuestro lenguaje” (Sermón de la montaña 1, 9, 23). Se dirige a los bautizados para que sepan identificar a los enemigos externos de la fe. Pero sobre todo Agustín quiere enseñar a los fieles el camino para buscar a Dios. El alma, purificada por una vida conforme a los preceptos enseñados por la fe, está preparada para percibir al Dios inmaterial (cf. Sermón de la montaña 1, 2, 8). El contenido del libro es fundamental para los seguidores de Cristo. Cristo abajándose, ha querido enseñarnos a elevarnos hasta la sabiduría de Dios. Purificados por los dones de la sabiduría, seremos conducidos hasta Cristo (Cf. Sermón de la montaña 1, 3, 10).

¹ En este apartado soy deudor de CARUANA, S., *Introduzione al Discorso del Signore sulla montagna*, Città Nuova Editrice, Roma 1997. Y LONGOBARDO, L., *Introduzione al Discorso del Signore sulla montagna*, Pauline, Milano 2001.

Una de las características fundamentales de este libro es la exigencia marcada por instancias éticas, no teológicas o cristológicas. La moral evangélica contiene todos los preceptos necesarios para conducir a una perfecta vida cristiana. Una moral bajo la gracia de Cristo es la medicina del alma: “Por tanto, un único Dios mediante sus santos profetas y ministros, según una ordenada distribución de los tiempos, dio los preceptos menores al pueblo que era oportuno sujetar todavía con el temor; y por medio de su Hijo, dio los mayores al pueblo, que convenía fuese liberado por la caridad” (Sermón de la montaña 1, 1, 2). Y es que el cristiano no puede contentarse solo con los preceptos de la ley antigua porque no son suficientes. La obra manifiesta mucha erudición. Utiliza el esquema septenario y ternario, se conforma a las instancias culturales e intelectuales y hace un comentario refinado desde el punto de vista retórico y dialéctico y, a la vez, atrayente y fructífero para los lectores más exigentes. Podemos decir que en el Sermón de la montaña encontramos la apurada síntesis que se puede realizar, donde gozo estético-literario y aprovechamiento ético y espiritual se dan la mano y van juntos. Agustín ve en el Sermón de la montaña la carta magna para una perfecta vida cristiana. Este libro es uno de los tratados donde podemos descubrir la preparación que Agustín tiene en la Escritura, aunque no es un tratado exegético. Se esfuerza por defender la armonía de los dos testamentos.

El elemento estructural del libro son las bienaventuranza y nos presenta todo un camino que se recapitula al final bajo la categoría bíblico-moral del “hacer la voluntad de Dios”, que hace que el hombre se configure con Cristo porque ha recorrido un éxodo de purificación continua, ha subido los peldaños de las bienaventuranza y ha comenzado a vivir como hijo del Padre: “Pero, aunque cada uno pueda tener el ojo puro, es decir, vivir con sinceridad y simplicidad de corazón, sin embargo no puede uno figurarse el corazón del otro... No debemos pensar que ya produce buenos frutos si alguno le dice a Nuestro Señor: *Señor, Señor*, y por ello nos parezca ya un buen árbol. Pues los frutos son éstos: hacer la voluntad del Padre que está en los cielos, porque haciendo su voluntad el mismo Cristo se dignó mostrarse como modelo” (Sermón de la montaña 2, 25, 82). Sabiendo que “lo importante es que se debe poner en práctica lo que hemos oído del Señor, si queremos edificar sobre piedra” (Sermón de la montaña 2, 25, 87).

Agustín ha trazado los siete grados del camino hacia la perfección alcanzable en esta vida. Cada uno de estos peldaños es una bienaventuranza. Los que temen a Dios son los que lo aman; los píos son los humildes, los mansos, porque leen la Escritura con la debida sumisión al Espíritu, preparados para aprender de Él, los que tienen ciencia son los que lloran,

porque reconocen que han estado hasta ahora dominados por el mal y reconocen las cicatrices que el pecado ha dejado en ellos. Los que tienen la fortaleza son aquellos que tienen hambre y sed de justicia, porque han obrado para alcanzar la perfección hasta cansarse. Los que tienen espíritu de consejo, son los misericordiosos, ya que han comprendido que para que los perdonen tienen que perdonar. Los que tienen la inteligencia son los puros de corazón porque ven a Dios con los ojos de la mente y del corazón. Los que tienen la sabiduría son los obradores de paz. Se comienza a recorrer el justo sendero de la perfección amando a Dios; se alcanza con el don de la inteligencia; y con la inteligencia se llega a la fortaleza; con la fortaleza se aprende a recibir y a dar consejo; el consejo conduce después a comprender a Dios con el corazón (Cf. Sermón de la montaña 1, 4, 11).

La verdad es que el comentario de Agustín es una buena contribución al estudio del texto del Sermón de la montaña, con un respeto exquisito del texto sagrado y todo un esfuerzo de profundización del método para comprender mejor la palabra divina. El esquema septenario en este libro es aplicado en conexión directa con Isaías (11, 2-3), donde Agustín descubre la obra santificadora septiforme del Espíritu Santo en el alma del creyente, esquema que se adapta muy bien a las bienaventuranzas. Ha sabido ilustrar el sermón de la montaña en el cuadro de una exégesis global del texto bíblico y ha unido todo su conocimiento de los principios morales y evangélicos. Este es el comienzo para ir desgranando los grandes temas: la caridad hacia el prójimo (Cf. Sermón de la montaña 1, 11, 30), el amor a los enemigos (Cf. Sermón de la montaña 1, 11, 29), la pureza de corazón (Cf. Sermón de la montaña 1, 12, 33), la autoridad de la escritura (Cf. Sermón de la montaña 1, 11, 32), la ética matrimonial (Cf. Sermón de la montaña 1, 14, 39-16, 50), el pecado (Cf. Sermón de la montaña 1, 9, 24). Y la concupiscencia de la carne (Cf. Sermón de la montaña 1, 2, 9). Todos estos temas serán materia de otros tratados.

1.2. Bienaventurados los limpios de corazón ²

Esta bienaventuranza tiene una exigencia que envuelve a todo el hombre en todas sus facetas, ya que es radical. Pero hemos de tener en cuenta que su fuerza no recae sobre la limpieza, sino sobre el corazón, posiblemente está emparentada con la de los pobres de espíritu, aunque en esta bienaventuranza la limpieza del corazón está contrapuesta con la limpieza

² En este apartado he seguido fundamentalmente las reflexiones de LÓPEZ MELUS, F. M^a, *Las bienaventuranzas, eclosión de amor. En concreto, Bienaventurados los limpios de corazón*, Edibesa, 2013, pp. 407-437.

exterior. En contacto con la divinidad solo puede entrar lo puro, nunca lo impuro, y estaba legislado que era lo que hacía a uno impuro. No es por capricho, sino por el respeto debido a Dios. Tenemos que esperar a los profetas para que se llegue a una pureza interior, pero partiendo de la ritual.

La pregunta de fondo es ¿cómo se limpia el corazón? Por corazón hay que entender el centro de la vida interior, sede de las fuerzas psíquicas y espirituales, asiento de los afectos y del entendimiento, centro del ser humano, donde radica la vida religiosa. El antecedente de esta bienaventuranza es el salmo 24, 3-6: “¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en su lugar santo? Solo el de manos limpias y corazón puro, el que no adora ídolos vanos ni jura por dioses falsos. Quien es así recibe bendiciones del Señor; Dios su Salvador le hará justicia. Tal es la generación de los que a ti acuden, de los que buscan tu rostro, oh Dios de Jacob” Como vemos las manos limpias y el corazón puro son lo que caracterizan a los que son admitidos a la presencia del Señor, en el salmo 15 se nos dice el sentido de la pureza de corazón: “¿Quién, Señor puede habitar en tu santuario? ¿Quién puede vivir en tu santo monte? Sólo el de conducta intachable, que practica la justicia y de corazón dice la verdad; que no calumnia con la lengua, que no le hace mal a su prójimo ni le acarrea desgracias a su vecino”. El salmo 73, 1 habla de la pureza de corazón: “En verdad bueno es Dios para Israel, el Señor para los de puro corazón”. En Proverbios 22, 11, también leemos: “El que ama los corazones puros, el de gracia en los labios, es amigo del rey”. El corazón puro aproxima a Dios, porque Él ama a los de corazón puro. El salmista pide al Señor que cree en él un corazón puro (Cf. Salmo 51, 12), es decir, le pide una disposición vacía de malicia interior, pero es Dios mismo el que da al hombre un corazón nuevo (Cf. Ezequiel 36, 26). Ser limpio significa actuar con rectitud de intención y sencillez de corazón.

Limpio de corazón es el que sintoniza la acción externa con las disposiciones interiores y pone en el centro de su existencia un corazón no dividido. Esta limpieza se funda en la rectitud de un corazón transparente y sin doblez. Ser limpio de corazón es tener un interior verdadero, conforme con la ley de Dios, pero es muy frecuente, en la moral evangélica, encontrar el binomio puro corazón y manos limpias, es decir, actitud interior y obras externas coherentes con esa actitud, ahí, en esa pureza interior, está la fuente de la santidad. Jeremías es consciente que solo Dios puede darnos un corazón nuevo: “Les daré corazón para conocerme, pues yo soy Yahveh, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues volverán a mí con todo su corazón” (Jeremías 24, 7). Es clásico el texto de Ezequiel: “Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas

y de todas vuestras basuras os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ezequiel 36, 25-26).

Corazón es un término importante que tiene muchos sentidos, aunque especialmente significa la vida interior del hombre, a él se le atribuyen las manifestaciones de la vida moral y religiosa. Es el equivalente al hombre, es decir, el hombre, según la Biblia, es corazón, y el corazón del hombre es toda su personalidad consciente, inteligente y libre, por eso lo importante es purificar el corazón y dárselo a Dios: “Hijo mío, dame tu corazón” (Proverbios 23, 25). Cuando se habla de puro-limpio se está refiriendo a una actitud profunda, con sede en el corazón, una actitud interior. Unir corazón y puro, significa una única realidad que es la pureza, pero teniendo en cuenta a todo el hombre, no solo el interior. Mateo nos quiere hacer comprender las nuevas exigencias religiosas, ofreciendo caminos insospechados. Jesús nos ha dicho: “No es lo que entra en la boca, lo que hace impuro al hombre, sino lo que sale de la boca, eso es lo que hace impuro al hombre” (Mt 15, 11). La pureza que agrada a Dios y nos permite unirnos a él implica la conversión del corazón, someterse a la voluntad divina. La pureza de corazón pone de relieve el origen de las acciones exteriores, evidentemente hemos de resaltar la coherencia entre las acciones y el interior.

Jesús nos dice lo que es la verdadera impureza y, por deducción, cual es la pureza. Nos presenta al corazón con el centro de toda actividad humana, de la pureza e impureza. Si el corazón no es puro es la fuente de los malos pensamientos y malas acciones. Pureza de corazón es sinceridad, simplicidad. Limpieza de corazón es coherencia entre el pensamiento y el sentimiento con la realidad, es una sinceridad radical que procede de mirar y ver con el corazón. A los limpios de corazón se les promete la dicha definitiva de ver a Dios. El limpio de corazón no se deja influir por el juicio de los demás, es un hombre de una pieza, hombre de palabra, hombre íntegro, coherente entre lo de dentro y lo de fuera. Bienaventurados los sencillos, los limpios, los que tienen intención transparente, los que son claros. La pureza de corazón es la raíz de toda pureza y tiene que ver con toda la vida del hombre. La pureza de la que habla la bienaventuranza tiene que ver con la justicia-santidad, aunque también abarca la pureza de corazón de los que son vírgenes.

El limpio ve a Dios en su propia alma, porque allí se refleja la imagen divina. Los limpios de corazón no solo ven a Dios, sino que en ellos se ve a Dios. El ser puro es un ser iluminado y Dios está en él. La limpieza es un testimonio de la presencia de Dios. Es evidente que la visión perfecta de Dios se va a dar en el cielo, pero la bienaventuranza habla ya de aquí en la

tierra. El contemplativo es el que tiene la experiencia viva de Dios y vacía su corazón de los ídolos; purifica sus manos y su corazón y el Padre nos da a saborear sus secretos, nos introduce en la profundidad de su amor. La visión de Dios, es el premio que se promete en esta bienaventuranza, porque la limpieza de corazón nos permite conocer, ya desde ahora, la experiencia de gracia, experiencia que nos posibilita la dicha futura de ver a Dios. Ver a Cristo, ver su gloria, es degustar la felicidad. Por tanto, bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios. ¡Ver a Dios! Expresión la más exacta de la eterna bienaventuranza, que consiste formalmente en la visión, en la unión, en la posesión amorosa y gozosa de Dios.

2. BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN, PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS, SEGÚN SAN AGUSTÍN

2.1. Limpieza y corazón

Curiosamente comienza el libro segundo del Sermón de la montaña de Agustín hablando de nuestra bienaventuranza y casi podríamos decir que esta purificación del corazón o de los ojos, tal como lo ve en este momento Agustín, es el prólogo de este segundo libro. Comienza así: “Al libro primero, que terminó con el tratado de la misericordia, le sigue el tratado de la purificación del corazón, con el que comienza este segundo. La limpieza del corazón es como el ojo con el cual se ve a Dios; y para mantenerlo limpio se requiere tanta preocupación cuanto exige la dignidad del ser que con él se puede contemplar... En consecuencia, no tiene corazón sencillo, es decir, corazón limpio, sino quien trasciende las alabanzas humanas al vivir bien y busca solamente agradar a Dios, que es el único en penetrar la conciencia. Lo que procede de la conciencia pura es tanto más digno de alabanza cuanto menos ambiciona las alabanzas humanas” (Sermón de la montaña 2, 1,1). En esta segunda parte Agustín desarrolla la catequesis acerca de la naturaleza y las competencias de una auténtica vida cristiana. Utiliza un lenguaje agónico para ilustrar la lucha para asemejarse a Cristo pobre y perseguido. En realidad, esta bienaventuranza atraviesa gran parte de este segundo libro y en torno a ella se recoge casi todo el material exegético. Agustín manteniendo el esquema septenario, que incluye las bienaventuranzas y los dones del Espíritu Santo, ofrece una lectura nueva, más elevada y fuertemente mística. Probablemente este esquema septenario sea uno de los aspectos más originales del texto agustiniano, que incluye bienaventuranzas, dones del Espíritu Santo y peticiones del padrenuestro. Es verdad que las bienaventuranzas son ocho, pero son solo siete los peldaños, dado que el

octavo es ya la beatitud, la plenitud: “Son siete, por tanto, las bienaventuranzas que llevan al cumplimiento; pues la octava, como volviendo todavía al principio, clarifica y muestra lo que ha sido cumplido, a fin de que a través de estos grados sean completados también los demás” (Sermón de la montaña 1, 3, 10).

¿Cómo es impuro el corazón y los ojos? Por la vanagloria, que Agustín sabe muy bien que deja sin fruto cualquier acción y que ya antes de la conversión le parece algo desdeñable y fuera de sentido (Cf. Sobre el orden 1, 10, 30). Todo el libro segundo está penetrado de esta realidad del ojo limpio y corazón puro para poder contemplar a Dios, de hecho, casi al final del libro dice: “¡Cuán necesario es el ojo puro y simple a fin de encontrar el camino de la sabiduría, al cual obstruyen tantos engaños y errores de los hombres malos y perversos! Evitar todos ellos significa llegar a una paz segura y a una estabilidad inamovible de la sabiduría” (Sermón de la montaña 2, 25, 86), y que nos remite a la reflexión de la puerta estrecha y de la sabiduría, como pureza del ojo para ver a Dios, donde se dice: “Por tanto, el ojo purificado y sencillo está ya apto para mirar y contemplar su luz interior. Este es el ojo del corazón. Posee un ojo tal aquel que, para que sean verdaderamente buenas sus obras, no se propone el fin de las mismas en agradar a los hombres; pero si llegare a agradarles, refiere esto a la salud espiritual de sus hermanos y a la gloria de Dios y no a la propia ostentación... Así será el corazón simple y limpio en el cual se busca a Dios: *Felices, pues, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*” (Sermón de la montaña 2, 22, 76).

Para Agustín puede manchar el ojo interior incluso el cuidado de las cosas materiales, por lo que pide que estemos atentos y seamos cuidadosos: “Con frecuencia, incluso el pensamiento de las necesidades propias de esta vida temporal ofende y mancha el ojo interior y la mayor parte de las veces causa doblez en nuestro corazón, de suerte que aquellas cosas que parecen hacernos bien a favor de los hombres, no las hacemos con el corazón que Dios ha querido, es decir, no las hacemos porque les amamos, sino porque queremos conseguir a través de ellos algo provechoso como necesario para la vida presente” (El sermón de la montaña 2, 12, 43). Como vemos Agustín es consciente que buscar la alabanza humana, la vanagloria, no puede llevar a buen puerto, ya que hace que se tenga un corazón doble, que se simule bondad, que siempre es una sutil tentación: “No obstante, es difícil que en este ojo, en gran parte purificado, no se insinúen subrepticamente algunas impurezas que suelen acompañar a las mismas buenas acciones, como puede ser la alabanza humana. Ciertamente es pernicioso el vivir desordenadamente, pero vivir con rectitud y no querer ser alabado, ¿qué otra cosa es sino aborrecer las cosas humanas,

que, ciertamente, son tanto más miserables cuanto menos agrada la vida recta de los hombres?” (Sermón de la montaña 2, 1, 1).

Parece que Agustín tiene claro que para poseer un corazón puro es necesario no buscar las alabanzas humanas: “Pertenece, pues, al ojo puro en el actuar honestamente, no mirar las alabanzas humanas al obrar bien, ni dirigir a ellas lo que haces, es decir, hacer una acción buena para agradar a los hombres; porque así también podrá fingirse el bien, si solamente se busca que lo alabe el hombre, el cual, dado que no puede ver el corazón, puede alabar también las cosas falsas. Los que hacen esto, es decir, los que simulan bondad, poseen un corazón doble” (Sermón de la montaña 2, 1, 1). De hecho, él distingue el soberbio del humilde por el termómetro de buscar o no la alabanza humana: “El alma orgullosa desea agradar en presencia de los hombres. El alma humilde desea agradar en lo secreto, donde Dios ve, de modo que, si agrada a los hombres con sus buenas obras, felicita a aquellos a quienes agrada la obra buena, no a sí misma pues le debe bastar haber hecho la obra buena” (Comentario al salmo 18, 2, 16). ¿Significará esto que para obrar el bien hay que esconderse, meterse en la sacristía? No, pero tampoco ha de buscar nadie el ser alabado: “De todo esto se puede deducir que el Señor no prohibió que se actúe rectamente delante de los hombres, sino que se obre rectamente delante de ellos con el fin de que nos vean y lo pretendamos y pongamos en ello el fin de nuestra determinación” (Sermón de la montaña 2, 1, 2).

En otro momento, después de hablar de no agradar a los hombres y de que brille la luz entre ellos, concluye diciendo: “Preocupémonos, hermanos, no sólo de vivir santamente, sino de hacerlo también en presencia de los hombres; no busquemos sólo tener la conciencia en paz; en cuanto sea posible a nuestra debilidad y a la frágil atención humana, procuremos no hacer nada que pueda inducir a mala sospecha al hermano débil, no sea que, comiendo nosotros hierba y bebiendo agua limpias, pisoteemos los pastos de Dios, y las ovejas débiles coman la hierba pisoteada y beban el agua turbia” (Sermón 47, 14). La clave de nuestro actuar es siempre intentar agradar a Dios y buscar su gloria: “Quien agrada a los hombres, pero no buscando su propia gloria, sino la de Dios, para que se salven, ya no agrada a hombres, sino a Dios; o junto a Dios agrada también a hombres, pero no a hombres (sólo). Una cosa es agradar a hombres y otra agradar a Dios y a hombres... Entonces, ¿trato de convencer a hombres, o a Dios? ¿O en el hecho de convencer a hombres busco agradar a hombres? Si aún buscase agradar a hombres, no sería siervo de Cristo. La razón es que él ordena a sus siervos que aprendan de él a ser mansos y humildes de corazón” (Exposición de la Carta a los Gálatas 5).

2.2. ¿Qué es el corazón?

El corazón es la sede del amor, por tanto, hemos de preguntarnos dónde lo ponemos, qué hace que nuestro corazón funcione bien, cómo están nuestros afectos. Analizar cómo amamos a Dios y al prójimo, si nuestro corazón y nuestra cabeza van a la vez, si tenemos un corazón de carne, cómo estamos en la ternura, cómo nos entregamos a los otros, si estamos disponibles y somos servidores. La limpieza del corazón es la capacidad para ver a Dios y será una de las más importantes tareas a realizar: “Entonces le verán en aquella forma de Dios los que han de verle como Él es. Pero no le verán porque en esta vida fueron pobres de espíritu, o mansos, o porque lloraron, o tuvieron hambre y sed de justicia, porque fueron misericordiosos o pacíficos, o sufrieron persecución por la justicia, aunque ellos serán todas estas cosas, sino porque son limpios de corazón. Por lo que atañe a las bienaventuranzas, las tiene todas el que tiene el corazón limpio. Pero no se dice *verán a Dios* sino cuando se dice: *Bienaventurados los limpios de corazón*. Con el corazón limpio será visto aquel que no es visto en lugar, ni buscado con ojos corporales, ni circunscrito con la vista, ni sujetado con el tacto, ni oído por su voz, ni sentido por su paso. *A Dios nadie le vio jamás* en esta vida como Él es, ni en la vida de los ángeles como se ven estas cosas visibles que se contemplan con vista corporal, porque el *Unigénito, que está en el seno del Padre, Él lo narró*. Es decir, lo que narra no pertenece a la visión de los ojos corporales, sino a la de la mente” (Epístola 147, 11, 28).

El corazón, aunque tiene muchas acepciones una de las más importantes es que es la sede de la imagen de Dios, lo llama alma o mente: “Finalmente, se llama espíritu al viento, ser evidentemente corpóreo. Se lee en los Salmos: *Fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tempestades*. Y pues tantas acepciones tiene la palabra *espíritu*, el Apóstol, por espíritu de la mente, quiso significar el espíritu denominado mente... Aquí llama espíritu de la mente al espíritu que es mente. En otro pasaje la nombra claramente imagen, preceptuando lo mismo en otras palabras” (La trinidad 14, 16, 22). Mientras que la facultad con la que se puede ver esa imagen reside en el corazón. Por eso insiste en que retornemos dentro de nosotros, dentro del corazón para encontrar a Dios: “Porque el hombre se refugia en su corazón, y desde allí recurre a Dios” (Comentario al salmo 55, 10).

El corazón es el campo cultivado por Dios: “Su campo de cultivo somos nosotros, pues no cesa de extirpar con su palabra la mala semilla de nuestros corazones; de abrir nuestro corazón con su palabra como si fuera un arado; de plantar las semillas de los preceptos y de esperar el fruto de la piedad. Si aceptamos en nuestro corazón este cultivo de forma que le adoramos rectamente, no somos ingratos para con nuestro agricultor, sino

que le devolvemos el fruto de sus delicias” (Sermón 87, 1). Es lo mejor que tiene el hombre, por tanto, a lo que hay que atender con más cariño y dedicación: “La tierra no es para el corazón lugar donde pueda conservar su integridad: si permanece en la tierra, se corrompe... Lo más adecuado es que ponga en lo alto lo mejor que tiene, que lo coloque en un lugar elevado. ¿Qué tiene mejor que su corazón? Con el corazón se poseen los bienes terrenos... Si, pues, poseemos algo en la tierra, es por el corazón, la inteligencia, el sentido, el ingenio, la razón, el pensamiento, la decisión. ¡Cuántas cosas he mencionado! ¿Qué he dicho? ¿Quién se comprende a sí mismo? ¡Cuánto menos a quien le hizo! Confiemos a aquel lugar lo que tenemos en aprecio” (Sermón 265 C, 1).

Una de las principales tareas es sanar los ojos del corazón por la fe y el amor: “En consecuencia, para que podamos contemplar a Dios, purifiquemos nuestros corazones mediante la fe, sanémoslos con el de lo cual nos amamos unos a otros, procede ya de aquel a quien deseamos ver” (Sermón 23, 18). Pero es difícil de curar: “¿Qué es lo que perturba al ojo del corazón? La codicia, la avaricia, la iniquidad, la concupiscencia del mundo es lo que turba, cierra y ciega el ojo del corazón... Pero si mucho es lo que amas estos ojos exteriores, mucho también lo que descuidas aquel interior; lo llevas cansado y herido. Si quien te fabricó quisiera mostrársete, te causaría dolor; es un tormento para tu ojo, antes de ser sanado y curado. Pues hasta en el paraíso pecó Adán y se escondió de la presencia de Dios. Mientras tenía el corazón sano por la pureza de conciencia, se gozaba con la presencia de Dios; después que, por el pecado, su ojo quedó dañado, comenzó a temer la luz divina, se refugió en las tinieblas y en la densidad del bosque, huyendo de la verdad y ansiando la oscuridad” (Sermón 88, 6).

2.3. Cuidar el corazón

La mayor necesidad que tiene el hombre es cuidar el corazón para poder renovarse desde dentro y dentro, dejar que Dios mismo nos dé un corazón nuevo, que él cree en nosotros un corazón puro, aunque previamente tenga que arrancar el corazón impuro: “Busca en el interior de tu corazón lo que es agradable a Dios. Haya contrición en tu corazón. ¿Por qué temes que perezca un corazón contrito? Tienes en el salmo: *¡Oh Dios!, crea en mí un corazón puro*. Para crear el corazón puro hay que destruir el corazón impuro” (Sermón 19, 3). Dios es para el corazón luz, voz, aroma y manjar: “Sin embargo, el Señor es para nuestro corazón luz, voz, aroma y manjar, y es todas estas cosas, porque no es ninguna de ellas, y no es ninguna de ellas precisamente porque es el creador de ellas. Es luz para

nuestro corazón aquel al que decimos: *En tu luz veremos la luz*. Es sonido para nuestro corazón aquel al que decimos: *Darás gozo y alegría a mi oído*. Es para nuestro corazón el aroma a propósito del cual se dice: *Somos el buen olor de Cristo*. Si, en cambio, buscáis alimento porque estáis en ayunas: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*. De nuestro Señor Jesucristo se ha dicho que *por nosotros se hizo justicia y sabiduría*. Ved que ya está preparado el banquete: Cristo es la justicia; en ningún lugar falta este alimento, no nos lo preparan los cocineros, ni lo traen de países transmarinos, como fruta de importación, los comerciantes. Es alimento que saborea todo el que tiene sano el paladar; es un alimento propio del hombre interior” (Sermón 28, 2).

Esto tiene que ver con el amor, es decir, obrar adecuadamente con pureza de corazón solo es posible si se actúa con amor y por amor. En lo profundo del corazón tienen origen todas las obras malas y ahí se generan también las buenas: “No puede darse la santificación del espíritu sin la del cuerpo. Puede darse, en cambio, la del cuerpo sin la del espíritu; no puede existir la del espíritu si no existe la del cuerpo. Quien es limpio en el espíritu no puede actuar como un libertino. ¿Cómo así? *Del corazón proceden* –dice el Señor– *los adulterios y los homicidios*. El hombre no puede realizar con sus miembros lo que no haya decretado ya en su corazón. En el corazón concibe la idea, que luego pasará a la obra. Por eso dice el Señor en cierto lugar: *Limpiad lo de dentro y quedará limpio lo de fuera*. No dijo: «Limpiad lo de fuera». Si hubiese comenzado por el cuerpo, era necesario que nos hubiese exhortado también a limpiar el alma; pero, empezando por el alma, no se requiere que limpiemos también el cuerpo, porque a la limpieza del alma sigue la limpieza del cuerpo” (Sermón 45, 9).

Ahora todo es confuso y nuestra visión limitada, sin fuerza, como la imagen que nos devuelve el espejo, pero aspiramos a una visión más nítida y a una posesión más plena: “A la gracia se refieren estas palabras: Yo he dicho: Sois dioses e hijos del Excelso todos. Yo lo he dicho; pero lo que yo he dicho él lo hace. ¿Qué clase de dioses son los hombres? ¿Qué dioses? Iguales a los ángeles de Dios. Así reza la promesa; no investiguemos más; no seremos, pues, iguales a Dios: pero, hechos iguales a los ángeles, veremos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo tal cual le creemos en la tierra” (Sermón 229 G, 3). El gozo será inmenso y sin fin, será plenitud y dicha continua: “Le veremos plenamente cuando vaquemos plenamente. ¿Cuándo será eso sino cuando hayan pasado los tiempos fatigosos, los tiempos plenos de necesidades que nos atan ahora, mientras la tierra produce al hombre pecador espinas y abrojos para que coma su pan con el sudor de su rostro? Pasados, pues, totalmente los tiempos del hombre terreno y cumplido plenamente el día del hombre celeste,

le veremos plenamente, porque vacaremos plenamente. Desaparecida la corrupción y la indigencia en la resurrección de los fieles, no habrá ya nada que cause fatiga. Como si se dijera: «Recostaos y comed», así se dijo: *Vacad y ved*. Vacaremos, pues, y veremos a Dios como es, y viéndole le alabaremos. Esta será la vida de los santos, ésta la actividad de los que reposan: la alabanza incesante. Nuestra alabanza no durará sólo un día; mas como aquel día no tendrá término temporal, nuestra alabanza tampoco tendrá término, y así le alabaremos por los siglos de los siglos” (Sermón 362, 31).

Es evidente que no nos podemos contentar con ver de lejos y contemplar a distancia, nuestra aspiración es la posesión, queremos recibir a Dios. Posiblemente primero será comprender algo de Dios y después participar de él y él de nosotros. Es verdad que Dios se nos manifiesta como misterio y llegar a comprenderlo un poco es ya mucho, quiero decir que desvelar algo del misterio es siempre aventurarse y sorprenderse: “¿Qué ha de hacer la Iglesia de Dios para poder comprender lo que antes mereció creer? Haga a su alma capaz de recibir lo que se le va a dar. Para que esto sea una realidad, es decir, para que el alma adquiera esa capacidad, Dios nuestro Señor aplazó el cumplir sus promesas, no las anuló. Las aplazó para que nosotros nos estiremos; nos estiramos para crecer; crecemos para alcanzarlas... El corría en tierra; la palma pendía del cielo. Por tanto, él corría en la tierra, pero en el Espíritu ascendía. Contémpplale estirado; obsérvale pendiente de lo aplazado” (Sermón 91, 6).

3. LA BIENAVENTURANZA EN CUANTO TAL

Agustín entiende que el Apóstol busca que todos se salven, por lo cual no tiene problemas cuando actúa delante de los hombres si busca que ellos lleguen hasta Dios, otra cosa sería si buscasen su interés y la alabanza humana: “Así, pues, no buscaba agradar a los hombres en utilidad propia —de lo contrario, no sería siervo de Cristo— y agradaba a los hombres buscando su salvación, para ser un idóneo dispensador de Cristo. Porque no solo le bastaba ante Dios su propia conciencia, sino que en él brillaba ante los hombres lo que debían imitar” (Sermón 54, 4). No debe extrañarnos que Agustín, hablando de esta bienaventuranza, llegue a decir para centrar bien la intención: “Con esto no quiere decir otra cosa, sino que debemos evitar el exigir las alabanzas de los hombres como recompensa de nuestras acciones, es decir, que pensemos que con ellas llegaremos a ser felices” (Sermón de la montaña 2, 1, 4).

Esta bienaventuranza tiene que ver con los que tienen un corazón sencillo, puro, limpio: “Por tanto, hermanos, sed rectos de corazón, es decir,

no os desagrade Dios en nada. No digo que no le supliquéis. Suplicadle cuanto podáis si os halléis atribulados... ¿Es Dios un arrogante para no conceder algo más que a quien se lo suplica? Pero entonces el alma humilde avanzará hacia la grandeza de Dios si él la socorre en su tribulación, para darnos el consuelo a nosotros que le rogamos en nuestra tribulación. Dios quiere mostrarse dulce para nuestro bien, no para el suyo” (Sermón 15 A, 9). Se trata de un corazón amante, ya que aprender amar es la primera de las lecciones que hemos de aprender. Porque Dios mira al corazón, nos habla al corazón, que muchas veces es desconocido para el hombre, porque es un corazón doble, no un corazón sencillo y recto: “En sí es verdad lo que dice; es verdadero en sí, pero es falso en él; no tiene en su conciencia lo que dice; en su interior piensa que es verdad una cosa y al exterior profiere otra en lugar de la verdadera. Su corazón es doble, no sencillo; no expresa lo que tiene dentro... En hacer una cosa y pretender otra. Con *labios engañosos* se hace referencia al corazón no sencillo, y, como no es sencillo el corazón, por eso dijo: *en el corazón y con el corazón*. Así, pues, mencionó dos veces el corazón porque se trata de un corazón doble” (Sermón 133. 4). Es Dios mismo el que prepara los corazones y les da todos los ingredientes para que puedan obedecer y ser dóciles: “Pero Dios, que habla al pensamiento, manda de modos extraños. Decimos que Dios le mandó hablándole al corazón, sugiriéndole lo que era menester, persuadiendo lo que era útil al alma racional de aquella mujer. De igual manera leemos en los profetas que Dios ordenó al gusano roer la raíz de la calabaza. ¿Qué significa «ordenó», sino «preparó el corazón»? De este modo, merced a la inspiración del Señor, aquella mujer viuda tenía el corazón preparado para obedecer” (Sermón 11, 2).

¿Qué es el gozo del corazón? ¿Qué es gozar interiormente y por qué se goza?³ “Gozo del Creador es lo que no se ve con los ojos del cuerpo, sino con la mirada purificada de la mente. *Bienaventurados los limpios de corazón*. ¿Qué visión los hace bienaventurados? *Porque ellos verán a Dios*. No penséis, hermanos, que los ángeles gozan por ver la tierra, o el cielo, o cuanto hay en ellos. No gozan porque ven el cielo y la tierra, sino porque ven al que hizo el cielo y la tierra” (Sermón 4, 4). Esta bienaventuranza se refiere a quienes tienen un corazón sencillo, puro, sin suciedad, porque un corazón que sabe amar no deja entrar en su vida algo que atente contra ese amor, algo que lo debilite o lo ponga en riesgo. En la Biblia, el corazón son nuestras intenciones verdaderas, lo que realmente buscamos y deseamos,

³ Poniendo como disculpa lo que el Papa dice en los números 83-86 de la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, he tratado de glosar y de comentar con lo que Agustín nos dice a propósito de la purificación del corazón.

más allá de lo que aparentamos: «El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón» (1 S 16,7). Él busca hablarnos en el corazón (cf. Os 2,16) y allí desea escribir su Ley (cf. Jr 31,33). En definitiva, quiere darnos un corazón nuevo (cf. Ez 36,26).

Lo que más hay que cuidar es el corazón (cf. Pr 4,23). Nada manchado por la falsedad tiene un valor real para el Señor. Él «huye de la falsedad, se aleja de los pensamientos vacíos» (Sb 1,5). Y dice Agustín: “Pero no hay que afirmar que está en la Iglesia y pertenece a esta comunión en el Espíritu el que se mezcla con las ovejas de Cristo físicamente, pero con fingido corazón. Porque el Espíritu Santo de disciplina huirá del que finge. Por ende, los que, sin renacer en el Espíritu, son bautizados en una u otra congregación —o, más bien, segregación— cismática o herética, son semejantes a Ismael, que nació de Abrahán según la carne, no como Isaac, que nació según el Espíritu dado que nació en virtud de la promesa” (Sermón 71, 32). El fingir no te hace transparente, sin que te hace huir del Espíritu Santo y eso siempre va en tu contra y te perjudica (Cf. Sermón 292, 7). El Padre, que «ve en lo secreto» (Mt 6,6), reconoce lo que no es limpio, es decir, lo que no es sincero, sino solo cáscara y apariencia, así como el Hijo sabe también «lo que hay dentro de cada hombre» (Jn 2,25). Comenta Agustín uniendo su reflexión con lo anterior: “Y este era uno de ellos, y no se conocía a sí mismo como el médico lo veía. Porque si ya tenía en mente fingir, si ya se conocía como doble y falaz, no sabía a quién hablaba. Pues es de él de quien dice el evangelista: *No necesitaba que nadie le informase sobre el hombre, pues sabía lo que había en el hombre*” (Sermón 100, 1).

Es cierto que no hay amor sin obras de amor, pero esta bienaventuranza nos recuerda que el Señor espera una entrega al hermano que brote del corazón, ya que «si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría» (1 Co 13,3). Para Agustín está claro que si no tienes caridad todo en ti es nada y vacío: “Sigue al Señor. ¿Qué significa esto? Imita al Señor. ¿Qué significa «imitar al Señor»? *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*. Porque, *si reparto todos mis bienes a los pobres y entrego mi cuerpo a las llamas, sin caridad, ningún provecho me trae*. Exhorto, pues, a vuestra caridad a esa caridad; mas no os exhortaría a la caridad si no tuvierais alguna caridad. Os exhorto, pues, a la plenitud de lo que ya está en principio; os exhorto a la perfección de lo comenzado. Y os suplico roguéis por mí, para que se perfeccione en mí lo que a vosotros aconsejo. Todos somos imperfectos; llegaremos a la perfección, donde son todas las cosas perfectas” (Sermón 142, 14). El corazón es como la sala de máquinas donde se originan todas las buenas y las malas acciones. Por lo tanto, hemos de estar atentos a esa sala de máquinas y no dejar que se generen malos

pensamientos y malas acciones: “*Del corazón proceden –dice el Señor– los adulterios y los homicidios*. El hombre no puede realizar con sus miembros lo que no haya decretado ya en su corazón. En el corazón concibe la idea, que luego pasará a la obra. Por eso dice el Señor en cierto lugar: *Limpiad lo de dentro y quedará limpio lo de fuera*. No dijo: «Limpiad lo de fuera». Si hubiese comenzado por el cuerpo, era necesario que nos hubiese exhortado también a limpiar el alma; pero, empezando por el alma, no se requiere que limpiemos también el cuerpo, porque a la limpieza del alma sigue la limpieza del cuerpo” (Sermón 45, 9).

Cuando el corazón ama a Dios y al prójimo (cf. *Mt* 22,36-40). Cuando esa es su intención verdadera y no palabras vacías, entonces ese corazón es puro y puede ver a Dios. Es importante mirar si tenemos los dos pies para poder caminar adecuadamente porque el amor a Dios y el amor al prójimo son como los dos pies para poder caminar: “Recordad que los que se oponen a la unidad no tienen el Espíritu Santo. Se acepta que los tres primeros mandamientos del decálogo se refieren al amor de Dios, entendiendo que los otros siete se refieren al amor del prójimo, de modo que en las dos tablas de la ley y en los diez mandamientos se sustancian los dos mandamientos que resumen los demás: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza*; y amarás al prójimo como a ti mismo. *De estos dos mandamientos penden la ley y los profetas*” (Sermón 8, 18). Esto es tan importante que es el mismo emperador el que lo ha firmado: “Ha puesto su firma el emperador: cuando se renueva esta formalidad, es como si se dieran de nuevo otros preceptos. Estos preceptos son aquellos con los que –según escuchamos antes al apóstol– se nos mandó la caridad. Pues la primera lectura que escuchamos fue esa. De ahí que el Señor mismo dijera: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. *En estos dos preceptos se encierra toda la ley y los profetas*” (Sermón 16 A, 5). San Pablo, en medio de su himno a la caridad, recuerda que «ahora vemos como en un espejo, confusamente» (*1 Co* 13,12), pero en la medida que reine de verdad el amor, nos volveremos capaces de ver «cara a cara». Ver a Dios esa es la pretensión y la posibilidad que Dios nos concede: “De ella gozarás cuando haya pasado esta noche, esto es, la iniquidad de este mundo. Pues entonces, cuando venga el Señor, se abrirá la mañana de modo que le veamos como le ven los ángeles. *Pues ahora vemos por espejo en enigma, pero entonces cara a cara*. Retengamos, pues, hermanos, lo dicho: *suéltame, pues ya llega la mañana. ¿Y qué dijo Jacob? No te soltaré si no me bendices*” (Sermón 5, 7).

Creo que este texto de Agustín puede significar una buena síntesis de todo lo dicho hasta este momento y una invitación a la coherencia: “Con-

sidera lo que viene a continuación: *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Este es el fin de nuestro amor: fin que significa nuestra perfección, no nuestra consunción... Todo lo que obramos –lo que obramos bien–, todo aquello por lo que nos esforzamos, todo lo que laudablemente anhelamos, lo que deseamos sin culpa, ya no lo buscaremos más cuando se llegue a la visión de Dios. Pues ¿qué puede buscar quien tiene a Dios a su lado? ¿O qué le puede bastar a quien no le basta Dios? Queremos ver a Dios, buscamos verle y ardemos en deseos de verle. ¿Quién no? Pero mira lo que se dijo: *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Prepara esa limpieza que te permita verlo... En efecto, no se te permitirá ver con el corazón manchado lo que no se ve sino con el corazón limpio. Serás rechazado, alejado; no lo verás. Pues *dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*... Cuando se llegó a los limpios de corazón, ahí se prometió la visión de Dios. No sin motivo: ahí aparecen los ojos con los que se ve a Dios. Hablando de estos ojos, dice el apóstol Pablo: *Iluminados los ojos de vuestro corazón*. Al presente, debido a su debilidad, estos ojos son iluminados por la fe; luego, ya vigorosos, serán iluminados por la visión. Pues *mientras vivimos en el cuerpo, somos peregrinos lejos del Señor. En efecto, caminamos en fe y no en visión*. ¿Qué se dice de nosotros mientras caminamos a la luz de la fe? *Ahora vemos oscuramente como en un espejo, luego veremos cara a cara*” (Sermón 53, 6).

La gran tarea que tenemos que realizar es purificar el corazón, limpiar el interior y utilizar los medios adecuados: “Por tanto, hermanos míos, todo nuestro esfuerzo en esta vida ha de consistir en sanar el ojo del corazón con que ver a Dios. Con esta finalidad se celebran los sacrosantos misterios; con esta finalidad se predica la palabra de Dios; a eso van dirigidas las exhortaciones morales de la Iglesia, es decir, las que miran a corregir las costumbres, a enmendar los apetitos de la carne, a renunciar a este mundo no sólo de palabra, sino también con un cambio de vida; a esta finalidad va encaminado todo el actuar de las Escrituras divinas y santas, para que se purifique nuestro interior de lo que nos impide la contemplación de Dios. De igual manera, este ojo ha sido hecho para ver esta luz temporal, luz que, aunque celeste, es corporal y visible, no sólo al hombre, sino también a los animales más diminutos –para eso fue hecho el ojo: para ver esta luz–. Sin embargo, si se le arroja o le cae algo que lo enturbie, queda fuera de la luz, y aunque ella lo envuelva con su presencia, él se vuelve a otro lugar y está ausente. Al estar turbio, el ojo no sólo se aparta de la luz presente, sino que hasta le resulta molesta esa luz, para ver la cual fue hecho. De idéntica manera, el ojo del corazón turbio y dañado se aparta de la luz de la justicia y ni se atreve ni es capaz de contemplarla” (Sermón 78, 5).

Agustín pide purificar la mirada interior para comprender a Dios: “Desde siempre y por siempre. Así, pues, también el resplandor del Padre existe desde siempre y por siempre; y, con todo, puesto que es su resplandor, su Hijo tampoco comenzó con el tiempo en el ser engendrado por el Padre. ¿Quién puede ver esto? Lima tu corazón, sacude el polvo, lava la mancha. Sea curado y sanado cuanto perturba la mirada interior, y aparecerá lo que se dice y se cree antes de ser visto” (Sermón 308 A, 4). La verdad es que nos interesaría sumamente que nos diesen ciertas indicaciones para saber cómo sucede la purificación, también para Agustín esto sería lo importante y decisivo: “Todavía nos hallamos ante Dios; todavía se habla de lo que permanece siempre inmutable, de lo que requiere la purificación de los corazones para ser visto; pero aún no dice cómo han de ser purificados. *La luz, dice, brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la acogieron*. Mas para que no sean tinieblas y puedan acogerla –pues las tinieblas son los pecadores y los infieles–, para que no sean tinieblas, repito, y puedan acogerla” (Sermón 342,1). Necesitamos que Dios mismo nos eche una mano y nos conduzca a la luz.

Es necesario purificar el corazón para comprender el misterio de Dios: “Por tanto, para comprender este misterio de Dios, es decir, cómo Cristo es, a la vez, Dios y hombre, hay que purificar el corazón. Ahora bien, el corazón se purifica con las costumbres, con la vida, con la castidad, con la santidad, con el amor y con la fe que obra mediante la caridad, lo que estoy diciendo, es equiparable a un árbol que tuviera sus raíces en el corazón, pues de ningún otro lugar proceden las acciones sino de la raíz del corazón. Si has plantado en él un amor pasional, brotan espinas; si, en cambio, has plantado la caridad, brotan frutos” (Sermón 91,5). Pero es Dios mismo el que purifica el corazón: “Purifica, pues, tu corazón, en cuanto te sea posible; sea ésta tu tarea y tu trabajo. Ruégale, suplicale y humíllate para que limpie él su morada. No comprendes: En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios; ella estaba en el principio junto a Dios. Todo fue hecho por ella y sin ella nada se hizo. Lo que fue hecho era vida en ella, y la vida era la luz de los hombres” (Sermón 261, 6).

Parece claro que Agustín lo que quiere es purificar el ojo interior, o el ojo del corazón para poder ver a Dios. Evidentemente el ver es producto del amor y se consigue al amar: “Él se reserva a sí mismo para quienes le aman; quiere mostrar su rostro a los purificados, no al ojo de la carne, sino al del corazón. *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Ama para ver... Y si esas cosas son hermosas, ¿cómo será quien las hizo? Dios no quiere que ames la tierra, no quiere que ames el cielo, es decir, las cosas que ves, sino a él mismo a quien no ves. El no verle no durará por

siempre si tampoco dura por siempre el no amarle. Ámale cuando está ausente, para disfrutar de él cuando se haga presente. Ten deseo del que vas a poseer, de quien vas a abrazar” (Sermón 22 A, 4). Pero si es Dios el que puede hacer esa purificación a fondo, es necesario pedirla: “Nosotros entreguémonos por todos los medios a purificar el corazón y estemos atentos a ello sin regatear esfuerzos; en cuanto podamos, todas nuestras oraciones han de pedir eso: la purificación del corazón. Y si nuestros pensamientos se ocupan de lo exterior: *Limpiad, dijo, lo interior, y así quedará limpio lo exterior...* Mas Jesucristo nuestro Señor puede ser visto, en cuanto se refiere a su divinidad, con los ojos del corazón limpios, perfectos, llenos de Dios” (Sermón 277, 15-16). Hemos de preguntarnos ¿con qué ha de limpiarse el ojo del corazón? Y Agustín responde que es la fe la que puede hacer esta tarea mejor que ninguna otra cosa: “Si, pues, deseamos ver a Dios, ¿con qué hemos de limpiar este ojo? ¿Quién no correrá, quién no buscará con qué limpiar el ojo con el que pueda ver a quien desea de todo corazón? Lo ha manifestado el testimonio divino: *Purificando* –dice– *con la fe sus corazones*. La fe en Dios limpia el corazón, y el corazón limpio ve a Dios. Pero hay hombres que, engañándose a sí mismos, a veces ponen el límite en la fe como si bastase con sólo creer; y algunos, por el hecho de creer, aunque vivan mal, se prometen a sí mismos la visión de Dios y el reino de los cielos” (Sermón 53, 10).

Por tanto, la pureza del corazón significa la pureza del ojo con el que se ve a Dios; esto depende de la compasión, aunque el ojo no puede totalmente prevenir la impureza de esas cosas que acompañan incluso nuestras buenas acciones. Está claro que esta purificación es para recibir a Dios y estar con Él, por eso lo más inteligente es invitarle a Él para que entre, venga a ti y te limpie desde dentro: “Hay que trabajar en pro de una conciencia limpia... Cuando invocas a Dios, le llamas para que venga a ti. ¿Cómo va a venir a ti si no has limpiado el lugar para recibirlo? ¿Eres acaso incapaz de sacar de tu corazón lo que tú mismo te hiciste? Invócale a él para que lo limpie; invítale a él a entrar. De todos modos, haz ahora lo que has de hacer; ahora, mientras habla en cuanto que te amonesta y calla en cuanto que no te juzga” (Sermón 47, 8). Lo que quieres ver es tan claro y transparente que solo con una purificación a fondo será posible poder captarla: “Contempla la obra y alaba al autor; cree para purificarte. ¿Quieres ver? Cosa buena y grande quieres; te exhorto a que quieras. ¿Quieres ver? Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Piensa primero en purificar el corazón; sea ésta tu ocupación, convócate a esa tarea; aplícate a esta obra. Lo que quieres ver es puro, e impuro aquello con que quieres verlo... Se trata de fantasías e impurezas de tu corazón. Quítalas, elimínalas. Si te cayera tierra en el ojo y quisieras que te mostrase la luz, tus ojos buscarían, antes de nada, quien los limpiase. Muchas son

las impurezas que hay en tu corazón. Una, y no pequeña, es la avaricia que hay allí. Almacenas lo que no podrás llevarte contigo. ¿Ignoras que, cuando acumulas, traes barro a tu corazón? ¿Cómo podrás ver, pues, lo que buscas?” (Sermón 261, 4).

Esperar ver a Dios con los ojos exteriores es una locura⁴. A Dios no se le ve así. Sólo se le puede ver en el interior, en el corazón: “Felices los *que tiene un corazón limpio, porque ellos verán a Dios*. Son insensatos los que buscan a Dios con los ojos del cuerpo, dado que se le ve con el corazón, como está escrito en otro lugar: *Buscadlo con sencillez de corazón*. Un corazón limpio es un corazón sencillo. Y como esta luz del día solo puede ser vista con ojos limpios, así no se puede ver a Dios si no está limpia la facultad con la cual puede ser visto” (Sermón de la montaña 1, 2, 8). La bienaventuranza está dentro, la limosna se hace dentro del corazón, se hace desde dentro de la conciencia de uno. Lo mismo sucede cuando habla el evangelio de orar en lo escondido se interpreta como orar en lo profundo del corazón (Cf. Sermón de la montaña 2, 3, 11).

Santiago Sierra

⁴ Cfr. JACKSON, St. A., “El Padrenuestro en san Agustín”, en *Augustinus* 40, (1995), pp. 125-137, p. 127-128.

